

bien provistos, limpios baños, lindas construcciones y otras comodidades que sólo suelen encontrarse en ciudades de primer orden.» Este fertilísimo territorio, que los antiguos llamaron huerta de Hércules, y que los sarracenos denominaron *Xaraf* por su conformación (1), se eleva gradualmente al occidente de Sevilla después de tenderse á la orilla derecha del Guadalquivir en espaciosa vega. Sus alturas estaban cubiertas de alquerías, aldeas y lugares, según indica el escritor árabe, y venían á formar como una población continua, en todo abundantísima, de que recibía Sevilla ordinario y copioso bastimento. Eran cuatro sus principales poblaciones: Aznalfarache (hoy San Juan de Alfarahe), Aznalcazar, Aznalcollar y Solúcar de Albayda (2), lugares fuertes y murados, donde los mahometanos recogían las rentas de la comarca. También daban éstos el nombre de *montaña de las mercedes* (*jebel-arrahmah*), por su extraordinaria fertilidad, á la cortina que forman las alturas del Ajarafe, en las cuales se producían con sorprendente abundancia las famosas higueras llamadas *gótica* (*al-kutti*) y *velluda* (*Ash-shari*).

Terminaremos el cuadro de Sevilla en tiempo de los Almohades con un ligero resumen de las grandezas que por sus dispersas reliquias hemos ido analizando. Considerada la ciudad, corte y asiento del imperio islamita, en su forma material, su figura venía á ser la de un pavés ó escudo tendido de N.O. á S.E. Su cabeza y lado derecho los formaban la muralla con sus torres, defendida con barbacana y foso, y ocho puertas con la salida angosta y de costado: la de Bib-Ragel, la Macarena, la de Córdoba, la del Sol, la de Bib-Alfar (ó del Osario, por el que allí cerca tenían los moros para su entierro), la de Carmona, la de Bib-Ahoar, en cuyo distrito estaba la Judería (que fué moderadamente llamada de la Carne, por haberse edificado junto á ella

(1) *Al Xaraf* en arábigo quiere decir, en efecto, tierra alta ó de colinas. V. á Zúñiga, lib. I, año 1246, n.º 8, y al Sr. Gayangos en su nota 5 al cap. III, lib. I de *Almakkari* corrigiendo la etimología que supuso Condé.

(2) ZÚÑIGA, loc. cit.

el Matadero), y otra que había cercana al Alcázar, cuyo nombre no se ha conservado.

Estas puertas eran verdaderas fortalezas (1). Estaban defendidas con torres y rebellines, sus salidas eran angostas y nunca de frente, el paso del exterior á la ciudad formaba recodos y revueltas; muchas veces el primer paso conducía á una plaza de armas cuadrada, con otras puertas angostas en una y otra banda. Las puertas de Sevilla, dice Morgado, estaban *espesasadas de clavos y plancheadas de hierro sobre duros cueros y con rastrillos acerados. Y porque les aseguraba la mejor defensa el río Guadalquivir, que por toda la parte que mira al occidente cerca y defiende la media ciudad con las seis puertas que le caen por aquella banda; tenían de propósito por la otra parte de la ciudad los muros y todas sus torres más fortalecidos y levantados, y al tanto sus barbacanas y la cava más ancha y ahondada.*

El lado izquierdo de la figura á que hemos comparado el contorno exterior de la ciudad, eran la majestuosa curva del río, el Arenal, y otra serie de murallas y puertas, por esta parte sin foso ni falsabraga por tener enfrente la poderosa protección de los castillos del Ajarafe. Cuatro eran las puertas en este lado, no contando la de Bib-Ragel ó de la Barqueta, que ocupaba el ángulo norte de la ciudad: los nombres que les daban los sarracenos no constan, pero sí los que las distinguían en los primeros años de la reconquista, según las escrituras de aquel tiempo, y

(1) Del libro *Seville and its vicinity* de M. Standish, otras veces citado, sacamos la siguiente descripción de dos de estas puertas en su antigua forma y disposición. «La puerta del Sol actual, no es la antigua: aquella se hallaba defendida por una gruesa torre, donde estaba la primera entrada. Después de pasada esta, había que volver á la derecha por un pasadizo pegado á la muralla, que se observa todavía desde la parte exterior: especie de llave de seguridad, muy clogiada de los arquitectos. De aquí se pasaba á una segunda fortificación que seguía la línea del foso.»—«Puerta Macarena. Era esta puerta antiguamente una fortaleza: tenía un arco principal con una inscripción (que creemos deber omitir por su insignificancia), por el cual se entraba en un recinto cuadrado, donde había otros dos arcos á cada lado, y estos daban salida al campo. Pero entre estos arcos había una puerta grande y fuerte, que conducía á otro recinto cuadrado más pequeño que el primero, con una puerta que daba entrada á la ciudad. Los reyes, al pasar, dejaban las llaves en estas dos puertas últimas.»

eran: puerta del Ingenio ó del *Engeño* (luégo de san Juan, por el vecino templo de san Juan de Acre), puerta de *Goles* (luégo Real, por donde se cree entró triunfante san Fernando), puerta de Triana ó de *Trina*, y puerta del Arenal. Además se cree había un postigo, que después llevó el nombre de las *Atarazanas*, por donde se supone salió Axataf á recibir al Santo rey y á entregarle las llaves de Sevilla (1). La puerta del Ingenio, así llamada por el antiguo muelle en que descargaban las naves sus mercaderías, se supone edificada por un personaje moro, hijo de Ragel, que tenía unos palacios cerca de la otra puerta inmediata, la cual tomó de aquí el nombre de *Ragel*: (*Bib-Ragel*) (2). Estos palacios son nombrados en el repartimiento hecho por San Fernando *Palacios de los reyes moros*, y aunque hay quien afirma que fueron construidos por el rey Yakub (3), no creemos fundada esta noticia. Tenía la puerta del Ingenio una torre con cuatro ventanas, y en el centro una lápida con una inscripción arábica (4).—La puerta de *Goles* (voz corrompida de *Hércules*) se denominaba así por tener en frente el Ajarafe, que llevaba también el nombre de *huerta de Hércules*. Hasta aquí llegaba el muelle antiguo de Sevilla sarracena, y en todo aquel espacio que hoy se llama el *barrio de los humeros* tenían los mahometanos sus atarazanas ó arsenal, fábrica y guarda de sus barcos y bajetes, y también sus chozas y barracas los marineros y pescadores del Guadalquivir.—La puerta de Triana, llamada también *Trina* en algunos privilegios del rey don Alonso el Sabio, probablemente porque se componía de tres arcos, no estaba donde la vimos modernamente, si bien tenía su asiento allí cerca, en la *Pajería*. Contiguo á ella se halla-

(1) Zúñiga, año 1248, n. 18.

(2) Estos palacios próximos á la puerta de Bib-Ragel ó de la Almenilla, ó Barqueta, fueron cedidos por San Fernando al convento de san Clemente.—V. á Zúñiga, año 1249, n. 7.

(3) El citado M. Standish en su capítulo *Puertas de Sevilla (Gates of Seville)* p. 307.

(4) Id. *ibid.*



BIBLIOTECA



SEVILLA.—FACHADA DE OMNIUM SANCTORUM

ba el palacio que se decía haber habitado san Hermenegildo, del cual existían ruinas en la misma Pajería con el nombre de *casa de los Leones*, tomado de dos figuras de piedra de estos animales, que, con sus correspondientes coronas, como indubitado escudo de los antiguos reyes godos, hicieron quizá poner allí, y por largo tiempo conservaron, los Castillos, don Alonso Carrillo y don Pedro Suárez su hijo, poseedores de aquella venerable antigualla en el siglo XVI. Era esta puerta la más cercana al puente de barcas que unía á Sevilla con el castillo de Triana y el Ajarafe.

La punta del escudo era la puerta de Jerez, así llamada por comunicar con el camino que conducía á la ciudad de Xiraz, hoy Jerez de la Frontera. Esta puerta pertenecía al Alcázar, pues como queda indicado, la muralla de la ciudad servía de recinto á aquellos palacios por la parte de mediodía.

Una línea imaginaria partía á lo largo en dos mitades el plano de Sevilla: en esta especie de eje mayor estaban el Alcázar, la mezquita principal, y subiendo hacia el centro, las otras dos mezquitas ya descritas que son hoy san Salvador y san Juan de la Palma. Los demás adoratorios de los musulmanes estaban diseminados á uno y otro lado por toda la ciudad.

De la situación de los mercados, escuelas, famosas academias, baños públicos, hospicios y hospitales, no tenemos noticia segura (1).

Los palacios secundarios eran tres: uno el que estaba junto

(1) Sábese solo por el repartimiento que hizo el rey don Alonso el Sabio el lugar que ocupaban algunos baños. Estaban estos donde se establecieron después las parroquias de san Juan de la Palma y san Ildelfonso, y el convento de Recogidas del Nombre de Jesús en la parroquia de San Vicente. Estos últimos baños, llamados *de la reina mora*, fueron dados á la reina doña Juana, viuda de san Fernando, y de aquí tomó parte del barrio de san Vicente el nombre de los *Baños de la Reina*.

También existe memoria del lugar que próximamente debió ocupar el famoso mercado ó *casa de la Seda*, llamado la *Alcaicería*, pues al designarse en el mencionado repartimiento la casa que se dió al Almirante don Ramón Bonifaz, se la supone «frontera de la santa Iglesia á la entrada de la calle de Placentines hasta la *Alcaicería*» V. á Zúñiga, lib. II, año 1253—números 4 y 24.

á la puerta de *Ragel* (*Bib-Ragel*); otro el que había servido de morada á Abdalásis, en la iglesia de santa Rufina, extramuros de la ciudad, al levante, y junto al Prado de las Vírgenes. El tercer palacio, deshabitado quizá, era el de san Hermenegildo cerca de la puerta de Triana.—Con los jardines y huertas de la Macarena que la engalanaban al norte, la llanura y bosque de Tablada que la brindaban con sus cereales y maderas por oriente y mediodía; el acueducto que desde Carmona le traía caudaloso y limpio raudal de aguas; el Ajarafe que la surtía de exquisito aceite, frutas y legumbres, y la ponía en contacto con los pingües productos de Tejada y Niebla y con las naturales defensas de la Sierra; con los fuertes muros que por la parte de tierra la cercaban, con el río que era su principal arteria comercial por el lado de poniente, y con los castillos que á la parte opuesta del Guadalquivir protegían el río y su puente y ocupaban todas las eminencias desde Aznalfarache hasta cerca de Itálica; por último, con la rica mina de mármoles labrados que en esta vecina y célebre colonia tenía, con los silos ó graneros que recataba en sus contornos y con los espaciosos muelles y arsenales que encerraba su Arrenal desde la Torre del Oro á la puerta de Bib-Ragel, era Sevilla una de las ciudades mejor abastecidas, mejor situadas, más prósperas y defendidas del imperio muzlemita en Andalucía. No era fácil intentar contra ella un golpe de mano. Aun después de tomadas todas las ciudades de la campaña por la parte de levante, podía resistir un largo asedio confiada en sus murallas, en las inundaciones y barrancos del Tágarete, y en los angostos y bien fortalecidos desfiladeros que formaban los puentes del Guadaira. Por el occidente la hacían inexpugnable la montaña y sus castillos. Sólo interceptando el río y cortando sus comunicaciones con Triana, el Ajarafe y la Sierra, se la podía poner en mortal aprieto; pero el río estaba defendido al mediodía por su misma corriente, difícil de remontar contra las embestidas de las naves sevillanas, y más aún contra los tiros de los castillos de Aznalfarache y de la banda

opuesta, y contra la resistencia de la Torre del Oro y de las rejas cadenas que protegían el puente; y de nada servía bajar por él desde Itálica y exponerse á los golpes de la ciudad y de Triana, mientras subsistiese el puente que cortaba la salida y hacía de ambas orillas una sola población. El único medio de aislar á Sevilla era romper su puente; pero esta empresa se reputaba superior al poder y al ingenio de cualesquiera enemigos.

El número de las alquerías y torres que rodeaban la ciudad embelleciendo su campiña era extraordinario, según se colige por el repartimiento del rey don Alonso el sabio. Es lástima que como este curioso documento no marca su situación, sólo nos sean conocidos sus estropeados nombres. Debían ser de las principales la de *Ben Abenzohar*, la de *Espartinas*, la de *Villanueva*, la torre de *Aben Haldon*, la del *Almuedano*, la de *Alhadri* (en término de Aznalfarache), la de *Rostiñana*, la llamada *Varga Sanctarem*, la de *Vesvahet*, la de *Albibeien*, la de *Otira*, y las ochenta que próximamente fueron cedidas al concejo de Sevilla por el famoso privilegio llamado *de las Alquerías*, repetidas veces publicado (1).

Digamos ya cómo acabó en Andalucía la dinastía de la egregia sangre de Abdulmúmen ó de los Almohades. Dejamos al sultán Mohammed Annásir derrotado en las Navas de Tolosa y al Islam presintiendo en aquella rota su próxima ruina. Annásir murió en Marruecos el año 616 de la egira (A. D. 1219), y fué llamado á sucederle su hijo Abú Yacub Yusuf *Al-mustanser*, quien por su indolencia y excesivo amor á los deleites, lejos de remediar los males que al Estado trabajaban, sólo contribuyó á agravarlos. La decadencia fue rápida bajo su infeliz reinado, y

(1) El lector hallará razón individual de todas ellas en Zúñiga al tratar del mencionado *Repartimiento*; pero repetimos que se echan muy de menos las noticias referentes á su situación. Lo propio sucede con las casas de Sevilla en que fueron heredados muchos príncipes, prelados, prebendados, ricos-hombres, caballeros hijosdalgo, órdenes religiosas y militares, etc., pues nunca se especifican más que las colaciones ó parroquias en que estaban.

la debilidad del gobierno fué en aumento. Murió *Al-mustanser* en Marruecos sin posteridad el año 1223, y le sucedió un tío de su padre llamado Abdul-wahed Ben Yusuf, á cuyo advenimiento se opuso un pariente suyo, por nombre Al-ádil Ben Al-mansur, que fué proclamado sultán en Murcia. Al llegar á Marruecos la nueva del levantamiento próspero de Al-ádil, Abdul-wahed fué asesinado por los parciales del rebelde; pero éste sufrió pronto la expiación merecida, porque los cristianos le causaron una vergonzosa derrota que le obligó á poner por medio el Estrecho dejando el gobierno de Sevilla á su hermano Abul-ala Ydris, por otro nombre Ydris Almámum. Éste, en cuanto supo que Al-ádil se había visto forzado á abdicar en Marruecos en la persona del incapaz é inexperto Yahya, hijo de Annásir, tentado de una codicia que hacía disculpable la conciencia de su superioridad, se hizo proclamar califa en Sevilla. Pero aunque las dotes de Abul-ala le hacían digno de un largo reinado, alzóse en las fronteras de Murcia un competidor más afortunado y que no le cedía en calidades de príncipe y de guerrero, teniendo además en su favor el prestigio de la sangre andaluza de Ben Hud, ilustre en el trono de Zaragoza, que corría por sus venas. Este peligroso émulo, llamado Mohammed Ben Yusuf Al-jodhamí, se declaró en abierta rebelión, le derrotó en varios encuentros, y le obligó por fin á abandonar la Andalucía para ir á proseguir en África la guerra contra el débil Yahya y erigirse allí en único árbitro de toda la tierra occidental. Abul-ala fué el último de los almohades que imperaron en Sevilla: su reinado, ya queda dicho, continuó en África, y allí tuvo cuatro sucesores que no deben contar entre los sultanes andaluces. Así se extinguió la dinastía de Abdul-múmen, que produjo algunos príncipes verdaderamente dignos de figurar entre los protectores de las artes, de las letras y de las ciencias.

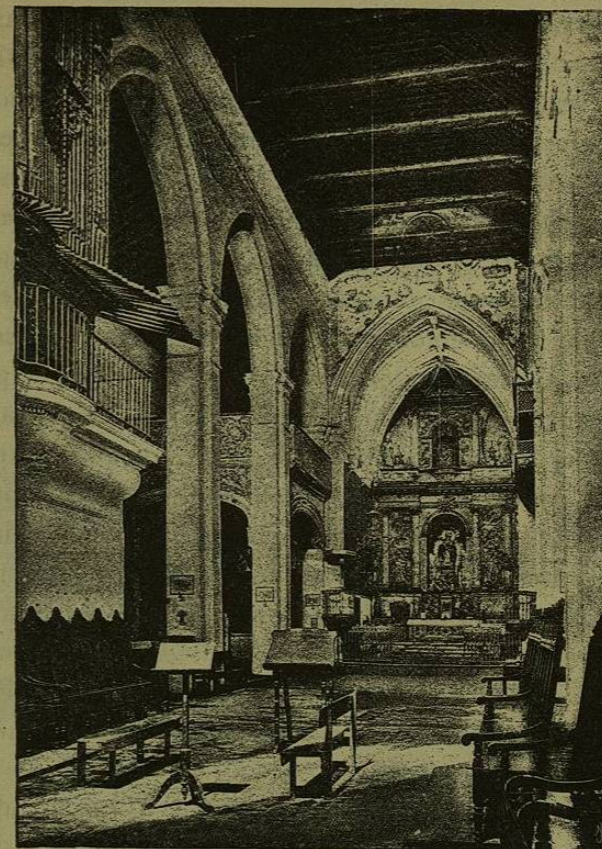
Mohammed Ben Yusuf Ben Hud, á quien nuestras crónicas llaman Abenjuc, reinó en Sevilla con muy varia fortuna desde que la redujo en 1228 hasta el año 1238 en que acaeció su

muerte. Durante su reinado las coronas leonesa y castellana se reunieron en la cabeza de un rey santo, y por el esfuerzo de los ricos-hombres y prelados que le asistían en el noble empeño de arrojar á los moros de toda la Andalucía, derrotó á los enemigos del nombre de Cristo en Cazorla, Andújar, Palma, Jerez y Córdoba, obteniendo su hermano don Alonso de Molina y sus capitanes don Alvar Pérez de Castro, don Tello de Meneses y los Pérez de Vargas visibles muestras del favor divino en la famosa batalla de Jerez. Las tradiciones y leyendas perpetúan la piadosa invención del auxilio que recibieron allí las huestes del rey santo, del apóstol Santiago y de legiones enteras de ángeles (1). Al paso que los cristianos le iban quitando provincias y ciudades, movía á Ben Hud guerras intestinas el espíritu sedicioso de sus propios súbditos. Hallándose ausente y en campaña, los sevillanos, amotinados por instigación de un ciudadano muy poderoso é influyente llamado Al-Bají, desposeyeron del mando de la ciudad á su hermano Abunnejat Selim á quien había dejado por gobernador. Favorecía al parecer á Al-Bají otro prepotente caudillo, Mohammed Ben Alahmar, que tiránicamente se había apoderado de Jaén y de Arjona, hasta que se le presentó al protector la ocasión oportuna de alzarse con los dominios del protegido; entonces, auxiliado él á su vez por los cristianos, cayó de pronto sobre Sevilla, y apoderándose de Al-Bají y de sus wazires, les mandó cortar la cabeza. La población, amotinada de nuevo, volvió á llamar á Ben Hud, y éste restituyó el gobierno de la ciudad á su mencionado hermano. Murió el sultán, ya sólo por escarnio decorado con tal nombre, el año 1238, y el inconstante pueblo sevillano se sometió nuevamente á la obediencia de los almohades de África, proclamando por su rey al

(1) «Muchos de los moros lo vieron, dice la crónica antigua que copió Zúñiga (*Anal.* año 1252), los cuales dixeron que habian visto un caballero en un caballo blanco con una seña blanca en la mano y una espada en la otra, y que andaban con él muchos caballeros blancos, y que en el ayre habian visto ángeles, y que estos caballeros blancos les hacian mayor daño que las otras gentes.»

sultán Ar-rashid, y aceptando como su gobernador ó lugar-teniente á un personaje llamado Abu Abdillah Mohammed. Á la muerte de Ar-rashid, sabedores los andaluces de la prosperidad

SEVILLA



INTERIOR DE SAN GIL

que alcanzaba en el África occidental un osado conquistador por nombre Abu Zakariyyá, imitaron el vil ejemplo de los valencianos y murcianos, que le habían proclamado su amir, y le ofrecieron su obediencia, enviándole delegados para suplicarle les diese por gobernador algún príncipe de su sangre. Lo pro-

pio hicieron los habitantes de Jerez y Tarifa. La elección hecha por Abu Zakariyyá fué violentamente combatida por un noble sevillano de gran prestigio y poder, llamado Ibnu-l-jedd, el cual, habiendo celebrado secreta alianza con los cristianos, iba paulatinamente ganando á todos los guerreros almugavares ó soldados de frontera. Descubierta esta maquinación por Sakkaf, capitán de los mismos almugavares, dió muerte á Ibnu-l-jedd, y como éste era aliado del cristiano, aprovechó la ocasión el rey don Fernando para declarar la guerra á los musulmanes tomándoles á Carmona y Marchena y poniendo sitio á Sevilla. Por consejo de Sakkaf adoptaron los hijos del Profeta en estas críticas circunstancias, como librando su salvación en ellas, instituciones diametralmente opuestas á todas las nociones de gobierno propias de los pueblos muzlemitas: nombraron los sevillanos un consejo supremo compuesto de cinco personajes, y presidido por el gobernador que había designado Abu Zakariyyá. Llamábase éste Abu Fáris Ben Abí Hafss (1), y los vocales de dicho consejo eran el capitán Sakkaf, Ben Shoayb, Yahya Ben Khal-dún, Masud Ben Khiyar, y Abu Bekr Ben Sharíh. Todo era en vano: ¡había sonado la hora postrera de la dominación islamita en la hermosa región del Guadalquivir!

(1) Éste es quizá el que nuestros historiadores designan con el nombre de Axataf.

CAPÍTULO XXIII

Sevilla en tiempo de San Fernando y de D. Alonso el Sabio



A falta de un libro en que pudiera hallar el lector condensado lo más importante de los Anales sevillanos y gaditanos desde el punto de vista del arte en las épocas semifabulosa, fenicia, cartaginesa, romana, gótica y muzlemita, nos ha movido á tratar con extensión esta materia. Comenzamos ahora otra tarea menos escabrosa y prolija: vamos á trazar el cuadro de los monumentos con que el cristianismo triunfante marcó su gloriosa huella en la dilatada comarca del Genil al Estrecho, desde que empezaron á rayar en Europa los primeros albores de la restauración artística y literaria; y habiendo sido la historia eclesiástica y civil de este hermoso territorio tan cumplidamente desenvuelta por muy doctos escritores, cuyos nombres alcanzaron merecida fama, habremos de ceñirnos principalmente á lo que ellos sin escrúpulo de conciencia descuida-